

Reflexiones en torno a la relación CIUDAD Y TERRITORIO

El desarrollo de Chicago y el Gran Oeste

Tania Maya Sierra

Reflections on the relation between the city and the territory. The development of Chicago and the Great West.

Resumen

La relación entre ciudad y territorio se aborda en el presente artículo desde el campo de la historia urbana. Se hace una reflexión generalizada sobre la relación ciudad-territorio y los elementos y condiciones que intervienen en el desarrollo de las ciudades, naturaleza-geografía-civilización material, que se apoya en la evolución de Chicago y el Gran Oeste en el siglo XIX, caso ejemplarizante para el análisis. Chicago es examinada a través de la dimensión histórica que constituye la conformación del territorio y la ciudad, en contraste con algunos de los determinismos que surgieron en dicha época para explicar y orientar su desarrollo. Para ello la autora se remite a los conceptos de *economía-mundo* y *tiempo geográfico*, propuestas analíticas e historiográficas planteadas por el historiador de la *Escuela de los Annales*, Fernand Braudel, introducidas a partir de una *visión de conjunto* de la historia y sus fenómenos, como lo son las ciudades. Dichos conceptos son confrontados con ciertas concepciones especialmente desde el enfoque de la geografía económica, adoptados en estudios urbanos recientes, para señalar la necesidad de incluir la perspectiva histórica con miras a entender y enfrentar la relación que se establece entre la ciudad y el territorio.

Palabras clave

Ciudad, territorio, historia urbana, geografía económica, Chicago.

Abstract

This article reviews the bond between city and territory from urban history perspective. The approach is focused mainly in the conditions and elements that contribute in the cities development, to say, nature-geography- material civilization, leaned on Chicago and the Great West development throughout the nineteenth century, case that results greatly exemplifying for the approach. Chicago is studied through a historical dimension concerned to the territory and the city conformation. Such approach is confronted to some determinism streams appeared to explain and outline developments taking place at that moment. The author uses the concepts of world-economy and geographic time, both analytic and historiography proposals exposed by Fernand Braudel, French historian of the Annals School, proposals introduced from a context history point of view and its phenomena, as the city seems to be. These concepts are face up to the current conceptions on the subject, introduced from an economic geography approach in urban studies. The prevailing necessity to include the historical point of view in these studies is aimed at understanding the city and the territory bonds.

Key words

City, territory, urban history, economic geography, Chicago.

Recibido: septiembre 30 de 2006

Aprobado: octubre 30 de 2006

A partir de la década de los ochenta, y con mayor fuerza durante los años noventa, en los estudios urbanos (cfr. Freidmann y Wolf, 1982; Friedmann, 1986; Sassen, 1994; Knox y Taylor, 1995; Lo y Yeung, 1996, citados en Freidmann, 1997) se empezó a hablar de la “emergencia de la ciudad global” de acuerdo con “el nuevo orden mundial” en el que se han inscrito algunas ciudades y al que muchas otras apuntan. Este discurso alentado especialmente por los defensores de la geografía del capitalismo global, “se ha asentado típicamente en el lenguaje de la economía” (Freidmann, 1997). Sin embargo, en esta perspectiva, desde la que se busca reducir la idea de ciudad a uno de sus componentes –el económico–, se olvidan otros aspectos que la integran y definen y sin los cuales no es posible comprenderla. Además, esta apreciación de una nueva ciudad emergente como si se tratara de una irrupción fortuita en el tiempo y el espacio parece desconocer implícitamente el proceso histórico que han cursado la ciudad y el territorio.

En la actualidad existen teorías y posiciones disímiles frente al tema, generalmente asociadas al devenir que caracteriza a la civilización en un momento dado, especialmente a sus coyunturas; es un hecho innegable que las ciudades se presentan como el mayor indicador y agente de los cambios, y a la vez como consecuencia de ellos.

El estudio del desarrollo de las ciudades como objeto de reflexión no es algo nuevo; de hecho, ha sido un tema recurrente, que se ha intentado explicar a la luz de los diversos paradigmas y modelos que en cada época se erigen como ideal y mediante los cuales también se pretende orientar los diferentes procesos que lo rigen, buscando prever su destino. Al respecto, puede recordarse la polémica que se estableció alrededor de la “ciudad compacta” y la “ciudad dispersa” en la Europa decimonónica, o las propuestas de una ciudad “funcional” planteadas por el movimiento moderno entrado el siglo XX, o la preocupación de los ambientalistas por un paisaje urbano que fuera expresión de una ciudad ligada a su medio ambiente a partir de la década de los sesenta, o las apuestas por una “ciudad segura” y “competitiva” más recientemente.

En este contexto, el término ciudad global entendido “como concepto de la geografía económica apunta hacia una significación universal, sacando a relucir lo que es común a todos los miembros de una clase de ciudades globales, mientras se ignoran los variados y particulares ámbitos: las dimensiones histórica, sociocultural, administrativa, política y ambiental de la vida urbana” (Freidmann, 1997). Frente a este concepto excluyente, –cada vez más

acogido–, el estudio de la ciudad no solo exige que se reconozcan las dimensiones descartadas, sino que deben ser contempladas desde un enfoque más amplio que el que fundamenta el capitalismo global, de forma que permita reunir las en un panorama construido a partir de una *visión de conjunto*; es decir, que las variables deben ser referidas al contexto histórico que las integra y las articula.

Por ello es necesario revisar otras concepciones y propuestas analíticas que, orientadas en esta vía, a pesar de haber sido formuladas a mediados del siglo XX, no han sido suficientemente exploradas y adquieren vigencia ante la situación descrita. En esta dirección se intenta conducir la reflexión sobre la relación ciudad-territorio que caracterizó el desarrollo de Chicago y el Gran Oeste.

La ciudad es territorio; no obstante, no cualquier territorio es equivalente a una ciudad. ¿En qué radica la diferencia? Frente a este interrogante es preciso aclarar que el territorio no se limita a ser un terreno, una tierra virgen, sino que es ya una naturaleza intervenida, como en efecto lo es la ciudad. Sin embargo, la ciudad constituye una forma específica que ha asumido el territorio.

Para comprender el paso que ha conducido el territorio a la forma de ciudad –forma urbana–, pero sin que aquel haya sido suplantado o eliminado por ella, es necesario remitirse a algunas de las reflexiones que se han hecho sobre las condiciones y elementos que han agenciado esta transformación y que analizan el vínculo que la ciudad guarda con su territorio. Para ilustrar el tema se presenta el caso de la ciudad de Chicago durante su proceso de urbanización en el siglo XIX, el cual se aborda a la luz de los principales planteamientos del historiador de la Escuela de los Annales¹, Fernand Braudel, sobre su visión de la historia y las ciudades².

¹ La Escuela de los Annales surgió a principios del siglo XX en el seno de la historiografía francesa como una propuesta que puede considerarse revolucionaria frente a la concepción positivista de la historia que se tenía hasta entonces. La nueva visión de la historia planteada por la Escuela de los Annales es recogida en la publicación de la revista que lleva su mismo nombre, cuya creación obedece a la iniciativa del historiador Lucien Febvre y que empezó a circular desde 1929.

² Se hace referencia, por una parte, al concepto de *tiempo geográfico*, término que Braudel propone como otra forma de temporalidad histórica y con el que agrupa las *largas, medias y cortas duraciones*, las cuales, entendidas como estructuras espacio-temporales, integran el conjunto articulado que constituye la historia. En este esquema, Braudel introduce otros elementos, como el concepto de *historia inconsciente* con el que se refiere a las fuerzas que subyacen a todo acontecimiento legible y que para que pueda ser comprendido debe estar organizado en estructuras sucesivas, las cuales corresponden a los estratos de historia lenta habitados por la *historia de las mentalidades*, caracterizada por su inercia y resistencia al cambio. Una explicación

Uno de los estudios que mejor recoge la historia urbana de Chicago y que analiza la rápida transformación que sufrió su territorio, especialmente en el período comprendido entre 1830 y 1900, es la obra de William Cronon³, *Nature's Metropolis, Chicago and the Great West*, donde es posible examinar la relación ciudad-territorio a partir de tres aspectos: el primero es la relación naturaleza-ciudad que se aborda como dicotomía y a la vez como complementariedad; el segundo, es el determinismo geográfico presente en la concepción y desarrollo de una ciudad, enfoque difundido en el siglo XIX, época en la que la ciudad de Chicago se configuró como tal; el tercero, es el sentido espacial en la experiencia de la ciudad, que se adquiere a través de la dimensión histórica que le subyace y que define a la ciudad.

Ciudad - naturaleza

El principal interés de Cronon (1991) es comprender el lugar que la ciudad ocupa en la naturaleza. La ciudad es una construcción humana, hecha por hombres y mujeres, quienes redefinen y reordenan el territorio existente con sus propias marcas naturales, y de allí, una vez son aprehendidos y nombrados los elementos de un lugar surgen los paisajes natural y cultural, los cuales empiezan a modificarse recíprocamente. Es a partir de esta mutua interacción que la historia de la ciudad comienza.

El territorio en el que se erigió Chicago parecía ser el lugar ideal para una metrópolis, ubicado en la esquina suroccidental del lago Michigan, equidistante a Nueva York y Nueva Orleans, los puertos más importantes de los Estados Unidos durante el siglo XIX, y así constituía un punto estratégico entre las costas este y oeste y un puerto desde el cual conectarse con el lago Erie. Se configuraba como puerto natural, tierra llana y fértil, una vasta extensión rodeada por montañas y lagos, atravesada por ríos y en la que convergían numerosas vías terrestres, muchas de ellas ferroviarias, lo que le permitía una gran accesibilidad y posibilitaba ampliar sus redes de comunicación con la *Unión entera*.

A pesar de su ubicación privilegiada, dicho lugar resultó ser un lodazal. Esta situación se presentó como el principal obstáculo de la naturaleza al que había que vencer para lograr construir la ciudad. Los hombres que la habitaron y decidieron hacer de ella una gran ciudad tuvieron que trazar canales, despejar ríos, dragar el "puerto natural", cargar literalmente edificios y aún así debieron esperar a que Chicago se convirtiera en la gran ciudad deseada, esperar a que otros factores estimularan su crecimiento.

Antes de la colonización europea, Chicago había sido un asentamiento humano. Su nombre se derivó del vocablo que los indios habían empleado para referirse a esta zona como *Eschikagou* que pasó luego al de *Chicaugou*, con el cual se aludía al poderío de los jefes de las tribus y la grandiosidad de la región. La existencia de Chicago se basó en otra forma de relación y apropiación del territorio. El reconocimiento de su potencial, conjugado con su singularidad, constituyó la base para la organización futura que adquirió el territorio. De este modo, el territorio previamente definido y ordenado requirió ser conquistado y así, redefinido y reordenado, para ser ciudad. Un pueblo con mayores necesidades, es decir más civilizado⁴, se impuso y marcó un nuevo rumbo en el destino del territorio.

Así, el dominio de un sistema sobre otro se impuso. Estos hombres diseñaron una segunda naturaleza mejorada para sus propios fines. Sin embargo, los fines fueron cambiando de acuerdo con el surgimiento de otras variables. En dicho momento, la finalidad que se perseguía en la construcción de la ciudad se enfocaba en el potencial de la región desde una perspectiva económica. La región era entendida como fuente de riqueza por sus fértiles tierras y por las posibilidades que ofrecían la ganadería y la agricultura extensiva e intensiva al desarrollo del mercado.

También los desequilibrios estuvieron presentes en el particular desarrollo económico que tuvo Chicago, donde diferentes variables y lógicas definieron su

sucinta sobre el tema, la expone Braudel en su artículo "Las largas duraciones", publicado en 1958 en *Annales: economías, sociedades, civilizaciones*.

Por otra parte, se acude al término de *economía-mundo*, que Braudel retoma de Immanuel Wallerstein, para explicar la jerarquía territorial y económica de ciertas ciudades, a partir del nacimiento del capitalismo. Lo anterior es analizado exhaustivamente en su obra *Civilización material, economía y capitalismo, siglos .XV-XVIII*, publicada en 1968 y compuesta por tres volúmenes: *Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo Imposible; El juego del cambio y El tiempo del mundo*. El tema bajo el cual se desarrolla la obra es la historia económica de la Europa preindustrial.

³ Historiador ambiental estadounidense, cuyos estudios han girado en torno a la relación entre ciencias naturales y ambientales y la historia, centrados básicamente en el nexo existente entre paisaje natural y paisaje cultural. Entre sus principales obras se encuentran: *The Uses of Environmental History* (1993), *Changes in the Land: Indians, Colonists and the Ecology of New England* (1998), *Modes of Prophecy and Production: Placing Nature in History* (1990).

⁴ La importancia de la relación entre necesidad y civilización en el desarrollo territorial de una ciudad es expuesta claramente por Marcel Poëte en su obra *Comment s'est formé Paris* (1925).

singular proceso, incluso en contra de las previsiones. Chicago se convirtió en un gran centro gracias a que su ubicación geográfica convirtió a su territorio en el vínculo entre el este y el oeste. Sin embargo, su difícil acceso, paradójicamente, lo transformó en un mercado apetecible, donde se vendían a un precio elevado las importaciones y se encontraban productos de la región a muy bajo costo.

Para que una región progresara –se pensaba– debía ser el centro, el centro de un mapa, el centro de un gran territorio. Así, las leyes naturales fueron interpretadas en función de prever los agentes que garantizarían la creación de una gran ciudad que se instauraría como el centro; se emplearon diversos instrumentos y aplicaron diferentes fórmulas matemáticas que demostraran que, en efecto, el territorio estudiado era una potencial “centrópolis”. La idea de una ciudad que fuera el centro del mundo era un criterio determinante, no solo para su fundación, sino también para establecer su primacía sobre el resto del territorio. Esta noción de ciudad-centro asociada a su jerarquía territorial cobraba también un significado especial para sus habitantes; por ello, en el estudio que muchos de ellos emprendían de sus ciudades, a la luz de este ideal y apelando a los mismos instrumentos, el territorio que se prefigurara como el centro, según quien hiciera el cálculo, se acercaba más a su ciudad natal. Chicago fue entonces no una ciudad cualquiera, sino una *metro-polis* –ciudad madre, ciudad que rige una extensión considerable de territorio– (Larousse, 2003).

Se advierte en estas concepciones y en el destino buscado para la ciudad que la relación que ella tiene con el campo es vital para su constitución. La conformación de Chicago como ciudad centro, integrada al Gran Oeste, da cuenta de la dialéctica en que se inscribe la relación que define su territorio. La expansión acelerada que cursó Chicago durante el siglo XIX es impensable sin la presencia del campo, pero así como este campo fue determinante en el desarrollo de la metrópoli, esta también orientó su crecimiento. En efecto, como señala Braudel, una ciudad, para ser tal, requiere dominar un territorio, por minúsculo que este sea, no solo hacia adentro, sino también hacia fuera, y es por esto que la necesaria relación que se establece con el campo debe fundamentarse en la “reciprocidad de las perspectivas”, es decir que la complementariedad que implica la articulación campo-ciudad y ciudad-campo ha de permitir que se creen mutuamente y que se unifiquen su territorio (Braudel, 1984).

Por su naturaleza, una ciudad debe estar referida a una vida inferior a la suya. Si el campo difiere de la ciudad

no es en términos exclusivos de oposición o porque presente un estado anterior que asumió el territorio, pues, como se ha visto, se requiere su coexistencia. Una de sus diferencias la ha marcado la división del trabajo: las actividades rurales han estado asociadas principalmente a la producción enfocada al abastecimiento de las ciudades; estas, por su parte, se han constituido en el lugar de los intercambios, de movimientos, de mercancías y de capitales, de servicios y del consumo, donde las actividades urbanas se han sometido a modificaciones constantes, interactúan, se multiplican, se especializan y se jerarquizan. No obstante, como lo señala Braudel, esta división del trabajo no es del todo precisa, dado que se producen alternancias en uno y otro sentido que no pueden ser totalmente sustraídas de ninguno de estos dos ámbitos. Como quiera que se produzcan sus transformaciones e intercambios y adquieran diversas formas, su convivencia resulta indispensable.

Su principal dicotomía recae en los ritmos de vida que los caracterizan. Comprender esta diferencia implica reconocer el proceso histórico que han sufrido el territorio y las ciudades, el cual ha obedecido al trayecto que ha recorrido la civilización en su transformación, donde viejas y lentas formas de sociedades y economías han persistido con mínimas variaciones y a pesar de haber precedido de cierto modo a la ciudad moderna, cohabitan necesariamente con ella.

Naturaleza impresa por los fenómenos naturales y el tiempo, y naturaleza creada por el hombre, conforman en cierta medida una misma construcción natural. Una segunda naturaleza la constituyen tanto el campo como la ciudad. Natural termina siendo la experiencia cotidiana de esa singular construcción humana que es el territorio, la ciudad es natural para los ciudadanos, para los que la experimentan, así como para un habitante del campo, lo es este. Pero si bien la vida rural ha estado marcada por esa “historia inconsciente”, donde hombres y mujeres han sido “más rutinarios que inventores” (Braudel, 1987), la vida urbana moderna, en cambio, signada por el ágil movimiento del capitalismo, ha introducido la conciencia de la experiencia humana de la ciudad (Sennett, 2001).

Ciudad - geografía

En la particular conformación de Chicago se puede advertir el papel que ha representado la geografía, la cual resulta esencial para comprender el desarrollo de la ciudad. Entendida como elemento intrínseco del fenómeno histórico que la ciudad constituye, la geografía se manifiesta en sus diversas formas, por ejemplo, como naturaleza transformada y parte integral de la ciudad,

donde características como la topografía o la presencia de ríos no solo le dan forma, sino que también le permiten establecer sus fronteras, orientar el sentido de su extensión o posibilitar su conexión con el resto del territorio.

El caso de Chicago es un claro ejemplo para entender el papel de la geografía y su relación con la economía en la constitución de una ciudad. Al respecto, en el siglo XIX surgieron distintas concepciones sobre el desarrollo de la ciudad, entre las que se destacan la de los Boosters de Chicago, quienes entienden la importancia de un territorio a partir de la definición de una ciudad de frontera, donde el potencial de la ciudad se concentra en las vías de comunicación que posea, pues son las que han de permitir que ella se convierta en un centro de comercio; la teoría de Turner, que advierte como mayor fortaleza la capacidad productiva del territorio circundante, la cual garantizará el desarrollo de la ciudad, y una tercera, la del alemán Von Thünen, que señala cómo a partir de un esquema organizacional radioconcéntrico del territorio, debe orientarse el desarrollo de la ciudad, cuyo centro ha de ser el elemento en torno al cual, en forma anillar, deben organizarse jerárquicamente las áreas y actividades que la componen (Cronon, 1991).

Estas tres teorías se enmarcaron en un determinismo geográfico, bajo el cual se limitaron a ubicar la ciudad en el espacio de una manera estática, relegando la importancia de su dimensión histórica y el movimiento que le ha acompañado, olvidando sus preexistencias. Se debe recordar que previamente a la conquista de Chicago, su territorio se había prefigurado como un importante mercado indígena, debido especialmente a sus condiciones geográficas.

La situación geográfica es decisiva en el desarrollo de la ciudad. Al respecto, Braudel resalta la diferencia existente entre las ciudades costeras y las interiores. Para las costeras, el dominio de los mares representa grandes ventajas, por ejemplo, el comercio y el transporte marítimos son fundamentales para su economía y primacía territorial. Además, esta condición les atribuye un carácter especial, lo que se evidencia en su fisonomía. Muchos de “estos privilegios de la ciudad, perecederos o no, resultan indispensables para la prosperidad de las ciudades” (Braudel, 1984), permiten que estas sobrepasen las jerarquías urbanas y hasta nacionales para constituirse en “centros” internacionales; sin embargo, estos privilegios tampoco son los únicos.

En este sentido, una ciudad también se explica por la existencia de otras ciudades y su relación con ellas. Esto

no solamente significa que la condición de ciudad se alcanza porque su presencia está referida a otra forma similar de vida, sino que, además, una ciudad para serlo necesita establecer una red con otras ciudades. Puede verse ahora cómo el sistema global actual es producto de las relaciones entre ciudades, de forma que, como lo afirma Saskia Sassen, no solamente es necesaria la movilización de sus funcionalidades, sino que, además, las ciudades que lo integran deben actuar como puentes de articulación; con esto se señala que no pueden existir *ciudades globales solteras* (Nascimento, 2003)

En dicha red de ciudades se instaura necesariamente una jerarquía que va desde una menor escala a una mayor, la cual está determinada en primer orden por los movimientos y flujos que se dan al interior de la ciudad y fuera de ella, generados esencialmente por la dinámica de la economía. Estos movimientos están condicionados por diversas circunstancias: la cercanía o lejanía entre ciudades, su ubicación, su accesibilidad, los medios de transporte, entre otras. En el caso de Chicago, su cercanía a Nueva York fue otro factor decisivo para el desarrollo económico. Chicago se transformó en un punto importante dentro de una gran constelación de ciudades: *ciudades europeas - Nueva York - Chicago*.

En las ciudades que se han erigido como centros dominantes y que dentro de una relación jerárquica han constituido una red de ciudades, subyace una particularidad que, ligada a diversos factores, ha permitido que una ciudad domine un territorio o el mundo, pero tal dominio no persistirá por siempre, pues constantemente ha de estar sometido a diversas fuerzas endógenas y exógenas. El término con el que se ha acogido la supremacía de estas ciudades es el de *economía-mundo*, que ha sido definido como una triple realidad: primero, ocupa un espacio geográfico determinado: tiene unos límites que lo explican y que con el tiempo pueden variar con cierta lentitud; segundo, una economía-mundo acepta siempre un polo, un centro representado por una ciudad dominante, antiguamente ciudad-estado y posteriormente una capital, pero económica. A veces pueden existir dos centros simultáneos en una economía-mundo, como por ejemplo Londres y Amsterdam en el siglo XVIII, antes de la eliminación definitiva de Holanda, pues finalmente uno de los dos, en este sistema de ordenamiento, termina por ser desplazado. Tercero, toda economía-mundo se divide en zonas sucesivas: se encuentra en primer lugar el corazón, es decir, la región que se extiende alrededor del centro; luego se ubican las zonas intermedias, y finalmente las zonas marginales, que son zonas subordinadas y dependientes de tal centro (Braudel, 1997).

De este modo, las economías-mundo han formado un todo económico sometido al proceso de descentramiento y reorganizaciones, cuya dinámica y transformación han obedecido a la incidencia de diversos factores. Londres sucedió a Amsterdam cuando se dio el paso del capitalismo mercantil al capitalismo industrial; así mismo, Nueva York se erigió como capital del mundo a partir de 1929, desplazando a Londres cuando se impuso el capitalismo financiero.

En el orden jerárquico actual y de acuerdo con la mayor especificación que se ha dado a la escala económica en el orden mundial, Chicago hace parte de las 30 ciudades denominadas globales⁵ que entran en las “categorías que reflejan el alcance espacial de sus articulaciones económicas y financieras” (Friedmann, 1997). Hoy, tres centros de poder comparten su primacía: Londres, Nueva York y Tokio, consideradas capitales financieras del mundo. En otra escala menor se encuentran los centros financieros *multinacionales*, como lo son Miami, Frankfurt, Singapur, entre otros; luego es posible ubicar los centros que rigen ciertas economías nacionales como Sao Paulo, París, Sydney y Seul; finalmente, es posible identificar importantes centros *subnacionales o regionales* como Hong Kong, Osaka-Kobe, Vancouver, la conurbación Rhin-Ruhr y Chicago (Sassen, 1991)⁶.

Esta preeminencia que ocupa Chicago en el nuevo sistema de ordenamiento mundial no es un hecho fortuito; obedece no solo a la incidencia de fuerzas exógenas, sino también a las múltiples fuerzas que han intervenido en su desarrollo, donde no es posible desestimar el papel desempeñado por la geografía, que hace parte del fenómeno mismo que representa la ciudad, pero tampoco puede verse como la única determinante.

Las ventajas y desventajas que la geografía desde un principio le ha impuesto a una ciudad perdurarán, a pesar de que los límites de lo imposible sean alcanzados y superados, entre otros, por el desarrollo de la técnica.

Ciudad - civilización material

Los límites que en cada época se trazan entre lo posible y lo imposible, es decir, entre lo que la humanidad ha podido alcanzar y lo que aún le continúa negado, son para Braudel las fronteras que indican un cambio, lo que permite diferenciar una época de otra. Así, él pudo identificar el campo de acción de las economías preindustriales, cuyos límites no variaron mucho del siglo XV al XVIII en Europa; la fase industrial marcó la superación de tales fronteras, aunque hubiera llevado consigo todo el

peso de las inercias que permanecieron casi inmóviles en el tiempo. El historiador logra el reconocimiento de estos límites, en gran medida, gracias al inventario que elaboró de aquello que se había presentado hasta entonces como posible a la humanidad, donde la *civilización material* sale a su encuentro como un elemento recurrente.

Así como la Revolución Industrial representó un punto de quiebre en la historia de la civilización y las ciudades, más adelante, otro elemento determinante que marcó una ruptura en el desarrollo de la ciudad fue el surgimiento de las masas en el siglo XIX, con lo que se dio inevitablemente la expansión y el crecimiento de las ciudades. Chicago experimentó esta dinámica a un ritmo acelerado; en la época de la retícula de Thompson (1833) la ciudad contaba aproximadamente con 300 habitantes, número que ascendió a 30.000 alrededor de 1850 y al entrar el siglo XX la habitaban 2.000.000 de personas (Frampton, 1987). Este hecho demandó nuevas formas de organización de la sociedad y otra configuración del espacio urbano y su territorio, lo que requería la creación e implementación de diferentes sistemas que respondieran eficazmente a tal demanda.

Muchas de las rupturas en diversos campos se evidenciaron en el siglo XIX. La técnica fue uno de esos terrenos que registraron una significativa transformación, a la que la ciudad no podía permanecer ajena, pues justamente sobre ella y con ella se agenció tal mutación. La particular intervención de la que fue objeto su territorio hacía parte del proceso de cambio. Pero este obedece no solo a un estado de necesidad histórica, sino también a la motivación de una sociedad en determinado momento para dar el paso que conduzca a la superación de la realidad en la que se halla inmersa. La sociedad dirige por otra senda su destino de acuerdo con su deseo e impulsado por un nivel mayor de conciencia (Monestirolí, 1993).

⁵ En la actualidad, según Sassen, para que una ciudad sea global se requiere que desempeñe “funciones de producción” centrales en varias áreas –política, economía, cultura e incluso estilos de vida con aromas cosmopolita, además esta concepción de ciudad es impensable si esta no constituye parte de los “lugares estratégicos en el mundo. No existe la ciudad global aislada” (Nascimento; 2003). Al respecto debe tenerse en cuenta también la ambigüedad que ha persistido en el significado atribuido al término “ciudad global”; por una parte, puede referirse, “o bien a una clase de ciudades que juegan un rol conductor en la articulación espacial del sistema económico global, o puede dar nombre a una dimensión de todas aquellas ciudades que, en una medida variable, están integradas a este sistema. Ambos significados pueden reconciliarse bajo el principio de jerarquía global –o sistema jerárquico– de ciudades, donde cada una ocupa una posición que refleja su importancia relativa en la articulación espacial de actividades económicas y financieras o, para ponerlo más sencillo, su poder económico relativo” (Friedmann; 1997).

La técnica, entendida como una estructura de la *civilización material*⁷, ha incidido notablemente en la morfología de la ciudad a lo largo de su existencia. La aparición del automóvil y de las demás formas de transporte terrestre, por ejemplo, ha tenido efecto en el trazado urbano: para lograr su movilización las vías debieron ser más anchas y largas; la longitud dio mayores posibilidades de extensión a la ciudad y permitió ampliar las redes de conexión con el territorio; también permitió la disminución del tiempo de transporte, hechos que transformaron la vida de sus habitantes.

Chicago fue una de las ciudades que tuvo un avance extraordinario en el desarrollo de la técnica, lo que constituyó un factor decisivo para su crecimiento. Inventos como el ascensor en 1853, o el mejoramiento de los métodos constructivos, como el perfeccionamiento de los sistemas estructurales en acero, permitieron la construcción de edificios más altos y, con ello, la densificación del centro y el crecimiento vertical de la ciudad. Así mismo, el surgimiento del ferrocarril subterráneo en 1863, el del tranvía eléctrico en 1880 y el auge del transporte suburbano mediante los trenes de cercanías en 1890 significaron nuevas formas de movilidad y acceso a la ciudad e, igualmente, de conexión con el resto del territorio; además propiciaron el incremento del *suburbio jardín*, el que se prefiguró “como la unidad ‘natural’ para la futura expansión urbana” (Frampton, 1987).

El ferrocarril también contribuyó a la prosperidad del territorio mediante la introducción de la cosechadora mecánica –*primera muestra del equipo agrícola moderno*–, al transporte y a la distribución de diferentes productos agrícolas, lo que favoreció el crecimiento del comercio en la región. De esta forma, como advierte Kenneth Frampton, Chicago experimentó cambios radicales que, “junto con el plan cuadrículado, pronto transformarían la ciudad tradicional en una región metropolitana donde los hogares familiares dispersos y el núcleo concentrado quedaron unidos por un servicio continuo de ferrocarriles de cercanías” (Frampton, 1987).

Así mismo, la pronta superación del incendio que destruyó gran parte de Chicago en 1871 y el posterior incremento de la edificación en otras áreas urbanas evidenciaron

el progreso al que asistió Chicago en las últimas décadas del siglo XIX. En efecto, en 1933, cuando se cumplieron los cien años de su fundación, la exposición organizada para su conmemoración se realizó bajo el lema de “Un siglo de progreso”, el cual aludía a los diferentes campos en los que la ciudad había evidenciado su avance y transformación. Esto también denota la concepción de la ciudad que se tenía entonces, fundamentada sobre la base de un pensamiento positivista, desde el cual se promovía la exaltación de la modernidad.

En este contexto había surgido la Escuela de Chicago, cuyos planteamientos sobre la arquitectura eran guiados especialmente por un racionalismo desde el cual se perseguía la pureza y la sencillez formales, el logro de una arquitectura libre de ornamentación donde “la forma debía seguir a la función”, y se aludía expresamente al privilegio de la técnica. Así, la imagen que caracterizó de una forma particular a Chicago fue en gran medida el resultado de tales propuestas arquitectónicas que se plasmaron en su espacio urbano y construyeron singularmente su territorio. En todo caso, cualquiera que sea la forma asumida para la arquitectura y la ciudad, siempre estará vinculada a las formas precedentes que las han definido en la historia. Por ello, si se piensa en los límites de lo posible, el límite del pensamiento arquitectónico aún se encuentra en el horizonte que define el concepto de delimitación de un lugar, donde cada nuevo significado que adquiere en su devenir histórico ha de conducir, como siempre, a su posterior reconocimiento (Monestiroli, 1993).

En el ámbito signado por el privilegio de la economía y el dominio de la *tecnología*⁸, la *civilización material* ocupa un segundo plano:

“Paralelo a este tema de los ‘nexos materiales’ se desarrolla el de las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones. Este proceso de innovación está permitiendo la paulatina desaparición de las barreras geográficas, a la vez que impulsa la creación de nuevas organizaciones empresariales capaces de responder a las demandas de la Sociedad de la Información, en un contexto de alcance mundial llamado con acierto la Aldea Global, y que en un futuro inminente permitirá acceder a mercados totalmente integrados, sin fronteras, sin

ha intervenido afianzando el desarrollo de la técnica. Esto quiere decir que la tecnología ha significado la intervención del pensamiento científico en las soluciones que ha demandado la técnica. Ambas, técnica y tecnología, apuntan a la obtención de resultados e implican, necesariamente, medios materiales.

⁷ En este sentido, la *técnica* se concibe como una estructura de lenta evolución, persistente y omnipresente en la vida de los seres humanos, que se asocia, según su definición, a “procedimientos y métodos de un arte, oficio o actividad” (Larousse, 2003).

⁸ La *tecnología* es entendida como una superestructura, cuyas transformaciones se dan en *las cortas duraciones*, y en la que la ciencia

distancias y prácticamente en tiempo real. Las economías-mundo, para acoger un término de Fernand Braudel, sugieren una transformación, donde el nexo material se vuelve insuficiente para una época de desarrollo propiamente global y ya no internacional o multinacional” (Barinas, 1999).

La discusión que se plantea, erróneamente, parte de la escisión de los fenómenos, como si se tratara de hechos tangenciales entre sí. Tal apreciación es el resultado de la incapacidad de concebirlas como partes articuladas que constituyen estructuras de un proceso histórico. El mayor nivel de integración que supone el sistema global mediante el progreso de las nuevas tecnologías se da en relación con los vínculos materiales que implican el sistema internacional y, en un grado menor, las otras formas que han adquirido en la historia las redes territoriales. No es posible que el sistema global los absorba hasta sustituirlos y eliminarlos. Aunque su aparición y permanencia impliquen ritmos diferentes de evolución, que representen distintos momentos de ruptura de los límites entre lo posible y lo imposible, no puede desconocerse la necesaria relación de orden material que subyace en el dominio territorial que comportan actualmente las ciudades, pues hace parte de la realidad material que caracteriza e impulsa a la civilización, y que constituye a la ciudad y su territorio.

Ciudad - historia

Muchos de los determinismos, como el geográfico, el económico-geográfico, desde los que se concibe la ciudad han obedecido al desconocimiento de la dimensión histórica de la relación ciudad-territorio. En el caso de Chicago, algunos planteamientos sobre su desarrollo la ubicaron como ente inmóvil en el tiempo y, a la vez, pretendieron explicar su transformación desde una concepción positivista de la historia. Por otra parte, también tomó fuerza, y la sigue teniendo, aquel determinismo bajo el cual se ha intentado orientar su desarrollo a partir de la perspectiva de la geografía económica. Frente a ello se reitera la necesidad de dirigir la mirada a su dimensión histórica. Esto implica acoger una concepción de la historia que, basada en la compleja tarea de intentar definir o establecer las temporalidades que su abordaje requiere, permita el acercamiento a tal dimensión. Se acude así a la concepción historiográfica planteada por Braudel, el *tiempo geográfico*, cuya formulación se presenta como una propuesta analítica para aproximarse al objeto de estudio, mediante el cual es posible penetrar la historia reafirmando su unidad. Pues la historia solo puede ser concebida como una historia de conjunto (Braudel, 1984). Así, para

aprehender la ciudad en la historia deben contemplarse sus diversos componentes, variables y estructuras que integran su dimensión histórica.

Esta concepción del *tiempo geográfico* es comparada, por su autor, con la estratificación de la corteza terrestre por capas. Así establece las *largas, medias y cortas duraciones*, vistas como capas sobrepuestas y entendidas, acorde con su relación, como estructuras: las más profundas corresponden a las *largas duraciones*, que se perciben como una estructura casi inmóvil pero que cargará con todo el peso de las otras capas, es decir, de las *superestructuras*, término con el que designa a aquellas estructuras móviles que le deberán su dinamismo precisamente a las más profundas. Con ello pretende enfatizar el espesor que constituye la historia, que al estar conformada por diversas “capas”, implica procesos y realidades con diferentes ritmos y velocidades; por ello no puede haber una historia teleológica ni exclusiva del acontecimiento. Él plantea, más bien, *series de evoluciones* en las que sus fronteras son amplias franjas donde unas se desvanecen casi de manera imperceptible en el lejano horizonte de las otras (Braudel, 1984).

La concepción espacial en la historia urbana de Chicago tiene variables disímiles. Sus pobladores quisieron hacer de ella la gran metrópoli de Occidente. Los conceptos de centro y frontera fueron estimados desde su posible asiento como futura metrópoli del territorio norteamericano. Sin embargo, la dimensión histórica se desestimó y se pretendió planear y explicar la ciudad, exclusivamente, a partir del determinismo geográfico donde elementos obviados en esta perspectiva, como historia y cultura, constituían ingredientes fundamentales.

La primera imagen que Cronon tiene de Chicago, en su viaje del campo a “la ciudad”, no es un plano, ni la imagen de sus edificios, sino la de la atmósfera, la del cielo gris que la cubre. El signo que se precipita como frontera, que contiene la transformación del ambiente –naturaleza dada– por la intervención humana –aprehensión y acción–, que se conjugan en cada nueva percepción y experiencia, se presenta como el indicador que resume la historia frente a los ojos de Cronon. Chicago, entonces, era una dinámica ciudad industrial, su gran nube gris contrastante con el aire que envolvía al campo lo anunciaba antes de que el viajero se aproximara a ella; era el indicio de que el territorio se había transformado y de que en el camino también se transformaba, pues antes de que el viajero llegara al lugar de destino, este ya le anunciaba su presencia.

La historia determina un espacio, en el que la geografía ha permitido, mediante la acción humana, la creación y transformación de las ciudades y la gente que las habita, y viceversa. Lo que se llama territorialización del espacio dado puede ser considerado como el lugar donde todo sueño e ideal cobra forma en la medida en que las condiciones y la voluntad de un pueblo lo permitan, donde este acto de historizar estará marcado cada vez por un nivel mayor de conciencia (Monestiroli, 1993). Un salto cualitativo que alcanzará su sentido mientras se inscriba y se pretenda comprender desde su dimensión histórica.

La conciencia sobre la experiencia humana de la ciudad también está marcada por su historia, de manera que su significado siempre estará ligado al pensamiento de una época y la voluntad de una sociedad de regir su destino y producir el cambio, especialmente a través de sus instituciones políticas, ha de indicar ese grado ma-

yor de conciencia. Lo que quiere decir que el futuro de la ciudad y su territorio, como deseo de transformación llevado a acto, será posible cuando las diferentes experiencias, relaciones y formas que los han definido en su advenimiento estén presentes en la revisión constante de su propia historia a la luz de las transformaciones que las necesidades y condiciones estructurales, en determinado momento, exigen.

En la dimensión espacio-temporal de la historia, donde no es posible la exclusividad de la linealidad o la sincronía, sino la articulación de estas coordenadas, se inscribe el proceso que han cursado las ciudades para llegar a ser tales. Una dimensión que adquiere su forma particular por la marca que le imprimen también sus desequilibrios intrínsecos como las coyunturas presentes en el devenir de toda sociedad y, en un espectro mayor, el de la civilización.

BIBLIOGRAFÍA

- “Dossier: Historia ambiental latinoamericana”. En: Revista *Historia Crítica*, No. 30. Bogotá. jul/dic de 2005. pp. 5-138.
- AYMONINO, Carlo (1981): *El significado de las ciudades*. Madrid: Editorial Blume.
- BARINAS URIBE, Marcos (1999): *Ciudad frontera-ciudad global. Nuevos actores de la integración dominicana*. [Versión digital] <http://www.periferia.org/3000/index3.html>. [Consulta: 13/08/06].
- BORJA, Jordi (2003): *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza Editorial.
- BRAUDEL, Fernand (1997): *La dinámica del capitalismo*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- (1984): *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Tomo I, *Estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*. Madrid: Alianza Editorial.
- CRONON, William (1991): *Nature's Metropolis, Chicago and the Great West*. Nueva York: W.W.NORTON & Company.
- DE COULANGES, Fustel (1986): *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma*. México: Editorial Porrúa.
- DUBY, Georges (2000): “Prólogo a la Historia Urbana de Francia”. En: Revista *Textos*, No. 3. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. pp. 117-141.
- FOUCAULT, Michel (1998): “El sujeto y el poder”. En: Revista *Texto y Contexto*, No. 35. Bogotá: Universidad de Los Andes. pp.7-24.
- (1993): *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI Editores.
- FRAMPTON, Kenneth (1987): *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- FRIEDMANN, John (1997): “Futuros de la ciudad global. El rol de las políticas urbanas y regionales en la región Asia-Pacífico”. En: Revista *EURE*, No. 23 (70). Santiago de Chile. pp.39-57. [Versión digital]. http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71611997007000003&lng=es&nrm=iso. ISSN 0250-7161. [Consulta 15/08/06].

- HALL, Peter (1996): *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- MEJÍA PAVONY, Germán y Fabio Zambrano Pantoja (eds.) (2000): *La ciudad y las ciencias sociales, ensayos y aproximaciones*. Bogotá: CEJA.
- MEJÍA PAVONY, Germán (2000): *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910*. Bogotá: CEJA.
- MONESTIROLI, Antonio (1993): *La arquitectura de la realidad*. Barcelona: Demarcación de Barcelona del Colegio de Arquitectos de Cataluña, Ediciones del Serbal.
- MUMFORD, Lewis (1979): *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Buenos Aires: Infinito.
- (1959): *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires: Emecé.
- MUNIZAGA VIGIL, Gustavo (2005): *Las ciudades y su historia*. Chile: Alfaomega.
- NASCIMENTO RODRIGUEZ, Jorge (2003): *Saskia Sassen: no existen ciudades globales “solteras”*. [Versión digital]. <http://www.mujeresdeempresa.com/actualidad/actualidad030801.shtml> [Consulta 12/08/06].
- POËTE, Marcel (1925) : *Comment s'est formé Paris*. París: Librairie Hachette.
- ROMERO, José Luis (1976): *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. México: Siglo XXI Editores.
- ROSSI, Aldo (1982): *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Sassen, Saskia (1991): *The Global City. New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.
- SENNETT, Richard (2001): “The Capitalism and the City”. En: M. Echenique; A. Saint. *Cities for the New Millennium*. London - Nueva York: Spoon Press. pp.15-21.
- SOJA, Edgar (2001): *Postmetropolis. Critical Studies of Cities and Regions*. Oxford: Blackwell.
- ZAMBRANO PANTOJA, Fabio (2003): “Nuevos enfoques de historia urbana en Colombia”. En: Revista *Textos*, No. 8. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. pp. 35-43.